

Señores:

*Discurso pronunciado por D. Estan
Lorena, contestando el discurso de Senato
especialmente al banquete con motivo de la
donación del club Uruguay, celebraban
la compra del edificio.*

Ante todo, gracias, muchas gracias, por las palabras que acaban de pronunciarse y que nos han emocionado profundamente a mis compañeros de Comisión Directiva y a mí mismo. Comprendemos que son palabras dictadas por la amistad y la generosidad pero aún así tienen singular significado no solo porque transmiten el afecto de los presentes sino porque han sido dichas por un gran señor y eminente estadista, don José Serrato, personalidad cumbre de América, que une los más auténticos atributos de la inteligencia, la dignidad y el sereno equilibrio; y también porque son palabras de estímulo como las tiene siempre quien, por ser un espíritu hidalgo, está pronto en cualquier tiempo para acometer toda empresa noble en pos de algún lejano ideal. Nunca pues, podremos olvidarlas.

Gracias también, debo dar en este día, en nombre de la Comisión Directiva y en el mío propio, a quienes hicieron posible la adquisición del edificio social y, especialmente, a los directores del Banco Hipotecario del Uruguay y a su Gerente General, a los directores del Banco de la República y a su Gerente de Créditos, a los señores Eduardo Aracena Capurro y Juan Carlos Pastori, ^{quien} como escribano y corredor trabajaron honoraria y eficazmente para la institución y, sobre todo, al señor Jorge Nicolás Castro, cuya capacidad, constancia, tenacidad y desinterés, fueron, de tal modo puestas a prueba durante casi diez y ocho meses de labor, que debo proclamarlo como uno de los factores decisivos del resultado obtenido.

Gracias, en fin, a este gran caballero que es don Alberto Puig iniciador del acto, a los amigos que colaboraron en el mismo y a los que ahora prestigian con su presencia la demostración que, aunque programada para celebrar el éxito logrado por el grupo de dirigentes, solamente ha sido aceptado por estos porque permite festejar un feliz acontecimiento para los socios del Club y nos agrupa en momento en que, más que nunca, es necesario unirse para propiciar la transformación y engrandecimiento de la institución.

Señores: El Club Uruguay tiene, en nuestro país, una muy interesante y brillante historia. Hace setenta y cuatro

años, el 8 de Febrero de 1878 se reunían en asamblea los socios de dos prestigiosos centros montevideanos, el "Club Libertad" y el "Casino de Comercio" y decidían unificar ambas sociedades en una sola que, con el nombre de ~~Club~~ Club Uruguay, inició su vida el 10 de Junio del mismo año bajo la presidencia de don José Sienra Carranza. La institución desplegó en los primeros tiempos una gran actividad y era tal el entusiasmo e impulso de sus fundadores, que, no habían pasado seis años desde su constitución, cuando en 1884, bajo la presidencia de don Carlos Shaw, se empezó a estudiar la posibilidad de construir un edificio destinado a sede social y, después de desecharse algunas propuestas, se aceptó por la asamblea de 5 de Junio de 1885, la formulada por los señores Juan Bautista Marini de Benito y Juan Bautista Marini de Alejandro para edificar la nueva sede, de acuerdo a las necesidades y exigencias de la institución, mediante la concertación de un importante contrato de arrendamiento. Y poco después, se licitaba ante algunas de las mejores casas decoradoras de París, el amueblamiento del Club.

Esto ocurrió en 1885, cuando Montevideo solo tenía 164.000 habitantes.

La construcción, planeada dentro de un ordenamiento clásico, se levantó rápidamente bajo la dirección de don Luis Andreoni, ingeniero civil de verdadero talento y clara visión; y el 10 de Junio de 1888 el Club, presidido entonces por el doctor José Pedro Ramírez, entraba en posesión del nuevo edificio. Desde entonces, la historia del Club Uruguay se confunde con la historia misma de la sociedad montevideana ya que se vuelve obligado centro de reunión de sus hombres más distinguidos y lugar donde se realizan, año tras año, brillantes fiestas en las que se presentan las más seductoras y bellas figuras femeninas.

Ante una tan magnífica tradición no es posible dejar de reconocer que nosotros tenemos obligaciones con el pasado y deberes con el futuro. Porque hemos recibido como legado una institución prestigiosa y activa que debemos mantener en su prestigio y actividad pero no de acuerdo con anticuadas modalidades, sino en la sociedad de hoy y en el tiempo presente para que sirva a las inquietas generaciones actuales

con la misma eficiencia con que el viejo club sirvió a las generaciones pasadas. Debe ser pues, cada vez más, un centro de vida, orientado hacia las más nobles manifestaciones de la sociabilidad y la cultura. Las reuniones, las conferencias, las fiestas, los conciertos, las exposiciones artísticas, las comidas de amigos, las recepciones de personalidades extranjeras, las tertulias de hombres de mundo, los certámenes de juego, han de sucederse todos los días sin inconvenientes y sin perturbar a quienes sencillamente buscan bienestar y tranquilidad en la lectura, la música o la soledad. Debemos, por consiguiente, readaptar el actual edificio, modificar su distribución y destino, ocupar nuevos locales y dar a todo comodidad y confort de acuerdo a un inteligente y cuidadoso plan que en estos momentos elabora una comisión integrada por los señores Adolfo Shaw, Francisco Lasala, Carlos García Arocena, Jorge Faget y Raúl Lerena Acevedo, y cuya realización en etapas sucesivas permitirá la transformación de la institución en un período relativamente breve.

Esta evolución del club hacia sus nuevos destinos traerá ciertos cambios en su ritmo de vida. Porque no será ya el centro de reunión de un pequeño grupo sino la gran institución que aumentará apreciablemente el número de sus asociados. Comprendo que algunos añorarán entonces la pequeña tertulia de íntimos convivida en el silencio de la vieja casona solo interrumpida de cuando en cuando por las campanadas de la catedral. Pero esa institución huraña y aristocrática no corresponde ya al sentido de nuestra vida actual ni a la evolución de nuestra magnífica ciudad.

¿Perderá el club en ese cambio su tradicional distinción? De ninguna manera. Visitando hace tiempo en Santiago al Club de la Unión, sin duda el más importante y lujoso de América, supe que ese centro de la sociedad chilena, tenía, desde años atrás, más de tres mil socios sin perder por ello sus antiguas características. Y a mi intencionada pregunta de quienes integraban ese tan extenso registro, me contestaron: todos los grandes señores de Chile y también los que aspiran a ser grandes señores y tal vez lo sean aprendiendo en esa escuela de señorío donde a diario se ve junto al viejo gentleman, al político afortunado o al hombre de negocios, adoptando su mesura, su don de gentes, su corrección, su lenguaje, su dominio de las pasiones. Compartiendo esa misma

orientación entiendo que nada hay más equivocado para la estabilidad social, en esta hora de descontentos y reivindicaciones, que cerrar los centros tradicionales a hombres de nuevo cuño, llenos de energía e inteligencia, no solo porque es privarse del incentivo de la renovación, sino también contribuir a que fermenten peligrosos resentimientos. Hay que proceder con criterio selectivo pero no exclusivista. Creo que, de igual manera que las clases intelectuales tienen el deber de orientar la vida política del país interviniendo activamente en la lucha cívica, los grupos sociales de mayor tradición, en vez de aislarse y desconocer las transformaciones ocurridas en el curso del tiempo, deben mantenerse en lucha abierta por la jerarquía de la educación, la cultura y la dignidad.

Señores: Recientemente, se representaba en París, en el Vieux Colombier, una pieza de Jean-Jaques Bernard, hijo del celebrado Tristan Bernard: "Notre-Dame d'en haut". En ella narra que durante la última guerra fué destruída una histórica iglesia emplazada sobre la cumbre rocosa de una isla de la costa bretona. Un gran desaliento dominaba en el pueblo cuando llegan los designados para reconstruirla. Solo se pensaba en las dificultades de la tarea y en los inconvenientes de rehacer el santuario en sitio tan escarpado para la sensual modalidad de las nuevas generaciones. Pero los arquitectos, compenetrados en lagrandiosidad de la obra y animados por las esperanzas depositadas en ellos, proyectan y dirigen la construcción mientras los descreídos, contagiados de entusiasmo, parecen recobrar la fé de los obreros medievales y, casi sin sentir fatiga, suben uno a uno hasta lo alto del acantilado los inmensos bloques de granito. Solo que al final de esa tarea todos comprenden que, si bien han terminado una obra, se inicia otra, más grande aún pero que, fortalecidos por el nuevo espíritu, se sienten ansioso de emprender.

Aunque moviéndonos entre cosas más terrenales, he pensado que algo de lo imaginado en la ficción de este dramaturgo puede haber ocurrido entre nosotros. Impregnados de familiares recuerdos y sintiendo el afecto de todos por la casa donde viviera la sociedad desde fines del pasado siglo, los dirigentes del club se convirtieron en vehementes intérpretes de vuestras aspiraciones y vuestros ideales.

Es así como se ha cumplido esta tarea que, aunque desprovista de la magnitud que se le atribuye, ha sido útil al consolidar la situación de la institución y permitir que se encare con más amplio criterio su acción de futuro. Pero queda, sin duda, una intensa labor a desarrollar para que la institución adquiriera su necesaria gravitación social. Por eso, bien podemos repetir, en ocasión de lo hecho, las palabras del personaje de Jean-Jaques Bernard: "Ce n'est pas une fin, c'est un commencement".

Y al pensar, señores, en la nueva tarea que empieza es ahora vuestro Presidente quien se dirige a ustedes para decirles que ella solo podrá ser realizada con vuestra entusiasta devoción, vuestra firme confianza y vuestra generosa cooperación. Si eso así ocurriera, como tengo la plena seguridad que ocurrirá, el Club Uruguay podrá alcanzar un muy alto destino y ser, más que nunca, una institución rectora de la actividad social y cultural del país.